



*Consejas y Leyendas
de Coyoacán*

Arq. Antonio Heberto Castillo Juárez

Jefe Delegacional en Coyoacán

Mtra. Oliva Velázquez Macías

Director General de Cultura

Centro de Investigación y Documentación

Histórica y Cultural de Coyoacán

Diseño Editorial e Ilustración

Felipe de Jesús Contreras Camero



Primera edición, México, 2007

© D.R. Delegación Coyoacán

ISBN

Índice

Leyendas prehispánicas y de la colonia	
Sigue la lucha	6
La Maldición de Tzutzumatzin	10
Un Presentimiento Prehispánico	14
Mataron a Doña Catalina	16
La Llorona	23
Los Nahuales	24
Regreso De Quetzalcóatl	26
La Malinche	30





Siglo XVIII - XX

El Señor de las Misericordias	32
El Pasajero que Tenía Abono	36
Espíritus Chocarreros y Juguetones	40
La Casa del Muerto	42
El Diablo se aparecía en El Callejón Del Aguacate	46
La Mula de la Colonia Del Carmen	50
El Arbol De Zapote Blanco	54
Noche Lóbrega y Lluviosa	56
La Dama Sonriente y Noctámbula	58

Lugares famosos

Los Túneles	62
Casa de Alvarado	67
Casa de Los Camilos	68
Convento de Churubusco	70
La Cruz de Piedra	72
Las sombras del barrio de Santa Catarina	74



Personajes de Coyoacán

Angelita	76
Doña Emilia	78
El Guanajuato	80
Los Compadres del Puente de Xoco	82
La Taxqueña	84
El Tigre del Pedregal	88



Otras leyendas

Ésa es Mi Morada	90
La Promesa	92
La que Murió de Risa	94
Las Ánimas del Purgatorio	100
Referencia de consejas y leyendas	104



Sigue la lucha

Cuando los coyotes reinaban en la pródiga y extensa llanura, que ahora es Coyoacán y colonias aledañas, todo era plácida vida y verdadera paz; los animales gozaban de casi un paraíso, turbeado solamente por el abanicar del aleteo del águila quien, rauda y artera, les robaba sus más tiernos cachorros. Los coyotes lanzaban aullidos lastimeros mientras ella se eleva perdiéndose entre las nubes, desapareciendo en el horizonte, llevaba entre sus garras a los tiernos e indefensos animalitos.

Cuentan que el espíritu indomable y combativo del coyote, los llevó a espirar y perseguir a las aves depredadoras. Siendo los coyotes listos y ladinos por naturaleza, se pusieron de acuerdo y, para espirar a las águilas, llevaron a cabo el sistema de

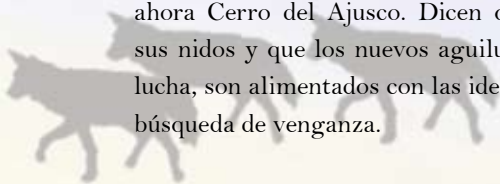


“relevos”, pues tenían que cubrir las grandes distancias que las águilas cruzaban en su vuelo después de su rapiña. Después de un tiempo, con notables bajas y muchos coyotes exhaustos, al fin encontraron el refugio del enemigo.

Poco después, organizados en manadas, atacaron por sorpresa los nidos, la lucha fue a muerte, hicieron cuantiosos estragos y la victoria fue de los coyotes, claro, con numerosas pérdidas regresaron a su pedregal, pero ya sin temor al ave devoradora.

Dicen que con el tiempo las águilas fueron reponiéndose y no cesaban de trabajar arduamente, fueron tomando lomas, cerros y colinas, hasta apoderarse de un enorme montículo, llamado ahora Cerro del Ajusco. Dicen que en su interior formaron sus nidos y que los nuevos aguiluchos son entrenados para la lucha, son alimentados con las ideas de odio hacia los coyotes y búsqueda de venganza.

Dicen que las águilas están muy bien organizadas, tiene su puesto de observación precisamente en el paraje llamado “ el

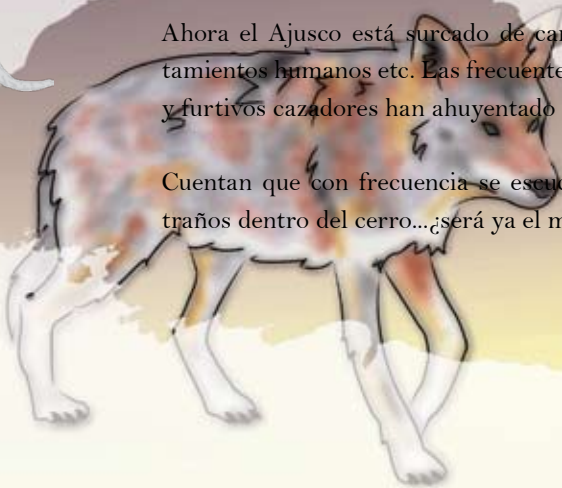


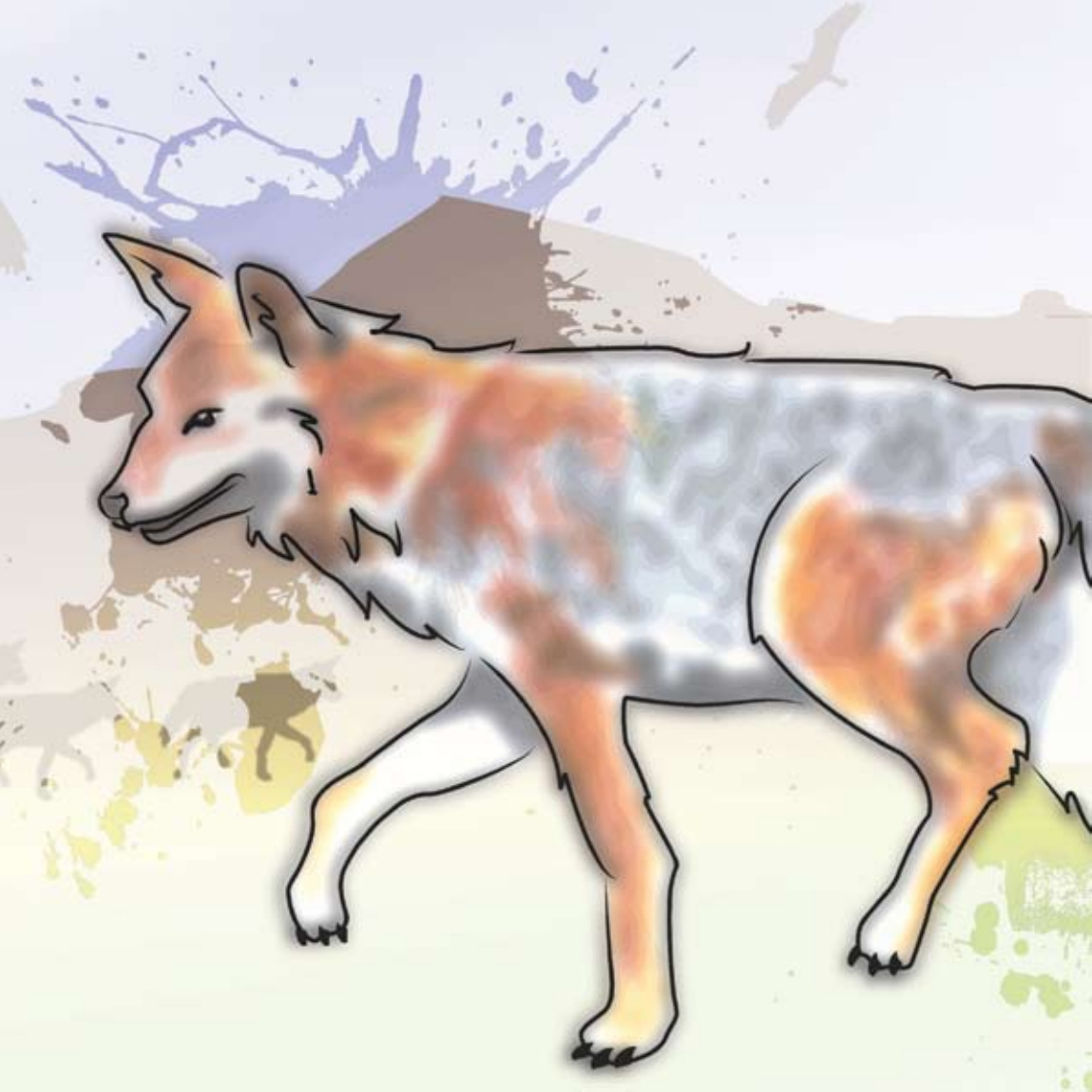
pico del águila”, desde allí han seguido acuciosamente los movimientos de toda la extensa región, y dicen, los que saben, que ellas esperan el momento oportuno para el gran ataque de la venganza.

Los coyotes siguen vigilando, en su patrullar se han encargado de mantener cerradas las posibles salidas de grutas y cavernas, por las noches manifiestan su terrible presencia haciendo oír su aterrador aullido.

Ahora el Ajusco está surcado de caminos y carreteras, asentamientos humanos etc. Las frecuentes visitas de excursionistas y furtivos cazadores han ahuyentado a los coyotes guardianes.

Cuentan que con frecuencia se escucha el aleteo y ruidos extraños dentro del cerro...¿será ya el momento esperado?





La Maldición de Tzutzumatzin

En el Códice Ramírez se hace referencia a un hecho histórico que afectó la vida de los antiguos habitantes de Coyohuacan: cuando subió al trono de los mexicas, Ahuitzotl (1486-1503), padre de Cuauhtémoc, quien al ver que la gran laguna donde estaba asentada su ciudad tenía poco agua, determinó desviar hacia ella el cauce del grandísimo manantial de Acuecuexco que nacía en los dominios coyohuaques del cacique Tzutzumatzin, de que se decía era brujo y “muy familiar del demonio”.

“Poderosísimo señor, cosa dificultosa es la que emprendes porque con ese manantial tuvieron riesgo de anegarse los an-



tiguos, y si ahora le mandas deshacer el cerco no dudes, sino que con la abundancia ha de anegar toda la ciudad”, respondió Tzutzumatzin a la orden del rey mexicana.

Ahuitzotl indignado le manda aprehender, el principal de Coyoacán dándose cuenta se convierte en un águila grande y feroz y alza el vuelo; al otro día vuelven a ir por él pero se convierte en un tigre ferocísimo; después tomó forma de serpiente atemorizó a todos los mensajeros del rey, el cual se enojó y envió a decir a la gente de Coyohuacan le trajesen a su principal y si no que destruiría y quemaría a toda la región.

El cacique-brujo viendo el mal que por su causa resultaría a su pueblo, se entregó, indignado profetizó que las aguas del manantial habrán de inundar el centro azteca, éste le hizo dar garrote y luego se le ejecutó.

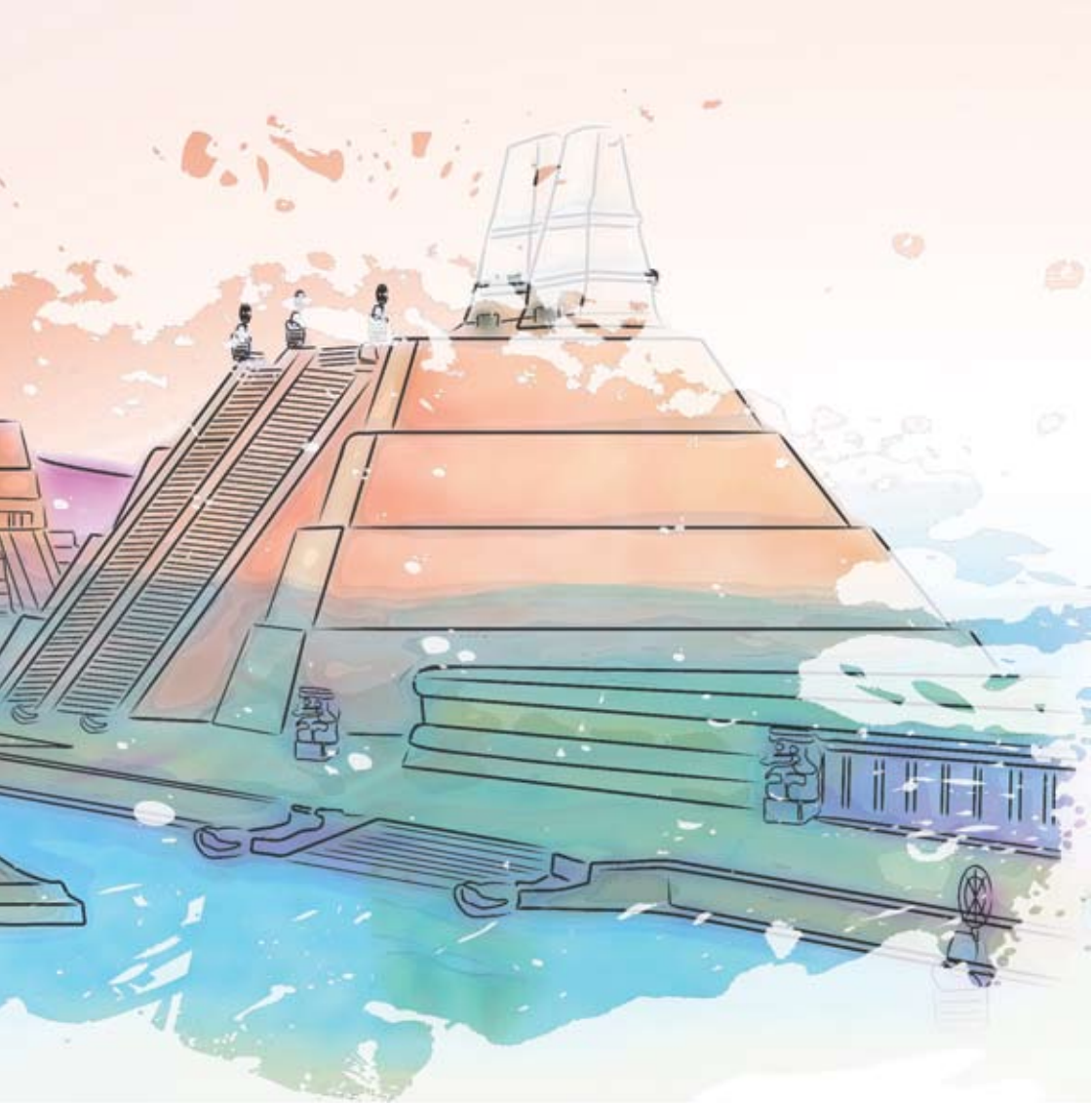
Ahuitzotl mandó que deshiciesen el cerco del manantial y continuó construyendo un gran acueducto. Al llegar los primeros torrentes de agua, Tenochtitlan.



Regocijo que se convertiría en llanto. El sacerdote que iba delante, llevaba la vestidura de la diosa que representaba al agua. Todos iban saludando y hablándole con gran alegría.

Metido este manantial en la ciudad, creció tanto que la anegó Ahuizotl cae en la cuenta de su error, pero es demasiado tarde. Al intentar escapar resbala haciéndose una grave herida en la frente de la cual muere días más tarde. Tenochtitlan queda sepultada por las aguas, cumpliéndose así las palabras proféticas de Tzutzumatzin.







Un Presentimiento Prehispánico

Cuenta una leyenda que en 1514 Tenochtitlan era ya una suntuosa ciudad y que debido a algunos acontecimientos sobrenaturales, inexplicables y misteriosos que ocurrieron durante los años 1510 y 1511, el emperador Moctezuma pensó que la piedra de los sacrificios con que ofrendaban a los dioses era pequeña y no correspondía a la magnificencia del templo, por lo tanto mandó construir una más grande.

El enorme bloque de cantera con el cual habría de elaborarse fue encontrado en las inmediaciones de Coyoacán, el cual fue labrado por numerosos artífices originarios del mismo pueblo, ya que los éstos conocían el secreto de unir las piedras sin que se notase. Una vez concluido el trabajo y al tratar de trasladarla para ser colocada en el templo de Huitzilopochtli ésta se hundió en el puente Xoloc.



El hundimiento fue atribuido a los coyoacanos y el recelo y rivalidad que siempre habían tenido en contra de los mexicas; Moctezuma, supersticioso, vio en ese suceso una señal de mal agüero que presagiaba las desventuras que en breve sufriría su pueblo. No se equivocó: fueron los tristes presentimientos de la ruina del imperio azteca y los más amargos aún de su cautiverio y afrentosa muerte.

Se dice que siglos después, esta hermosa piedra labrada fue encontrada durante unas excavaciones arqueológicas y se conoce como la gran Piedra de los Sacrificios.



Mataron a Doña Catalina

El 2 de noviembre de 1522, Coyoacán amaneció alarmadísimo, de oreja en oreja se pasaban la noticia: “Mataron a doña Catalina”. “Dicen que la ahorcó su marido”, “Jesús esto es el fin del mundo”, y cosas por el estilo.

La desaparecida era dona Catalina Xuárez Marcaída, esposa de Hernán Cortés, quien acababa de llegar de Cuba con numerosa parentela. La noticia rodó como chispa despertando el encono contra el conquistador de México al que se acusaba de haber ahorcado a doña Catalina, como lo dice el ingeniero Jesús Galindo y Villa al comentar en vieja crónica: “...en este lugar (Coyoacán) Cortés ahogó entre sus dedos, la noche de todos los Santos de 1522, a su infortunada consorte doña Catalina Xuárez Marcaída”.

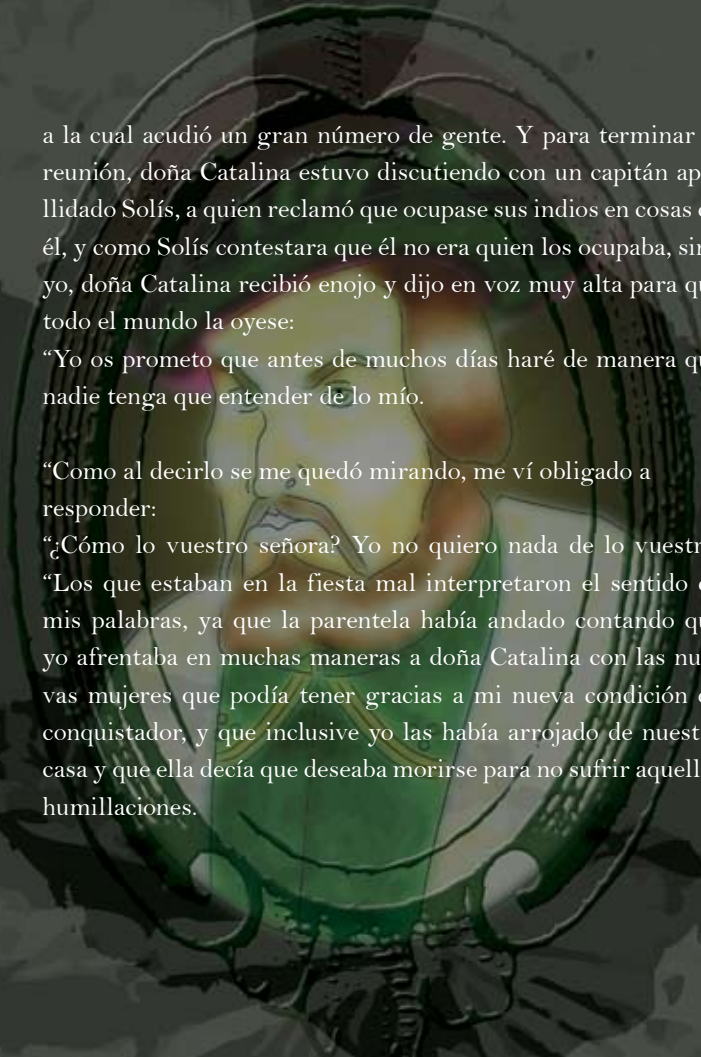


El caso hizo ámpula entre la sociedad y la mochería azuzada por algunos frailes, pero dejemos que don Hernán nos diga lo sucedido:

“Doña Catalina Xuárez Marcafda, mi mujer y su parentela, al saber mi triunfo, salieron de Cuba para la Nueva España. Se les recibió con cordialidad y a doña Catalina se le hicieron los honores a que tenía derecho por ser mi mujer. Yo, contento de reanudar la vida hogareña me desentendí de las hablillas que circulaban en Coyoacán, acerca de que la aparición de doña Catalina, y más aún, de su parentela, en la que había una hermana de ruín fama, había sido motivo de que yo recibiera enojo, pues en mi nueva calidad de gran conquistador ya no quería saber nada de mis parientes políticos y en cambio aspiraba a ligar mi nombre al de una gran casa de España. No hice caso de la hablillas, como ya queda dicho y reanudé la vida familiar”.

“Como a los tres meses de aquella llegada, doña Catalina invitó una noche a varios amigos a una fiesta que se celebró en casa y





a la cual acudió un gran número de gente. Y para terminar la reunión, doña Catalina estuvo discutiendo con un capitán apellidado Solís, a quien reclamó que ocupase sus indios en cosas de él, y como Solís contestara que él no era quien los ocupaba, sino yo, doña Catalina recibió enojo y dijo en voz muy alta para que todo el mundo la oyese:

“Yo os prometo que antes de muchos días haré de manera que nadie tenga que entender de lo mío.

“Como al decirlo se me quedó mirando, me ví obligado a responder:

“¿Cómo lo vuestro señora? Yo no quiero nada de lo vuestro. “Los que estaban en la fiesta mal interpretaron el sentido de mis palabras, ya que la parentela había andado contando que yo afrentaba en muchas maneras a doña Catalina con las nuevas mujeres que podía tener gracias a mi nueva condición de conquistador, y que inclusive yo las había arrojado de nuestra casa y que ella decía que deseaba morirse para no sufrir aquellas humillaciones.



“Se fue de la fiesta un tanto contrariada, y al rato se fueron los invitados y yo me fui a nuestros aposentos. Nos acostamos y al rato sentí que doña Catalina se desmayaba, por lo que di voces para que viniesen los sirvientes a atenderla.

De inmediato los recién llegados me dijeron que doña catalina estaba muerta, y de inmediato di ordenes de que la amortajaran y mande conseguir un ataúd y colocar dentro el cadáver de mi esposa.

“Ya que amaneció, llegaron a casa muchos individuos a darme el pésame y entre ellos venía un fraile que me dijo:

“Toda esta ciudad dice públicamente que vos habéis matado a tu mujer; conviene para vuestra honra y para que no os echen la culpa, que mandéis que ante un alcalde y escribano y testigo la saquen del ataúd y la vean antes de que la entierren.

“Gran enojo me causó saber que así se dudaba de mi honra, y sin pensar lo mal que esto me acarrería dije al fraile:

“¿Quiénes son los traidores bellacos que tal dicen?, yo no puedo rebajar a contestarles. No cuidéis de mi honra y enterradla.



“Le guardé luto mucho tiempo, por honrarla como le correspondía, pues fue buena mujer. El frío de Coyoacán, después de los calores de Cuba, parece que ello le hizo mal, y de eso murió”.

Sería salida o sería sereno, la cosa es que doña Catalina murió y que el caso quedó entredicho, ahora sus restos reposan en el convento de Churubusco y la gente se pregunta: ¿Quién mató a doña Catalina?, creemos que no podría ni contestarlo su hijo don Martín Cortés.







La Llorona

Esta leyenda está ligada a la figura de La Malinche, quien compartió el lecho y algunos hechos históricos con Hernán Cortés.

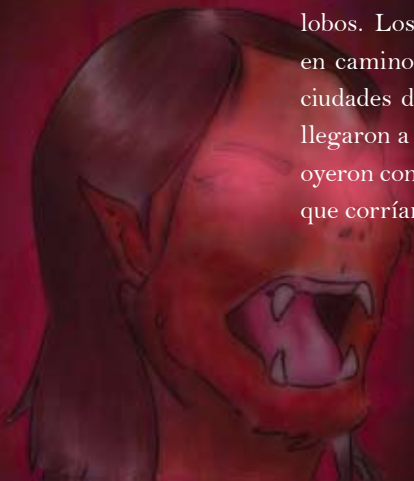
Cuentan los habitantes de la zona que suele aparecerse por las noches gritando ¡Ay mis hijos! Con una larga cabellera negra suelta al aire y a la imaginación, y que transita envuelta en un manto blanco que arrastra con su trágica historia por las oscuras calles del centro de Coyoacán y en torno al jardín de “la Conchita”, llorando la suerte de sus hijos, los indios, a quienes había traicionado para que fuesen destruidos, y lamentando el destino de su hijo que le había sido arrebatado.



Los Nahuales

En tiempo de la Conquista, nahual se llamaba a un hombre ladino, su sentido deriva de nahualli: secreto, misterioso, oculto, también era un genio o demonio familiar.

La imaginación popular los representaba bajo figuras espantosas, mitad hombre mitad animal, como serpientes, coyotes, lobos. Los viajeros eran atacados por nahuales en el campo, en caminos solitarios y en ocasiones llegaban a los pueblos o ciudades de toda la República a ejercer sus tropelías, también llegaron a Coyoacán y los asustados habitantes contaban lo que oyeron contar anteriormente y tomaron como cierto las historia que corrían de boca en boca.



En el barrio de Santa Catarina vivía un señor de apellido Iturbe, enamorado y mujeriego como pocos, una noche, ya de madrugada, caminaba por la calle Real de Santa Catarina, hoy Francisco Sosa, cuando de pronto vio a una solitaria mujer que con garbo caminaba en la acera opuesta; atravesó la calle y la siguió, al llegar a la calle del Heliotropo, hoy Tata Vasco, dobló a la derecha y sin prisa siguió su camino.

El caballero apresuró su paso para alcanzar a la dama y al estar a pocos pasos de ella, ésta volvió su horrible cara de animal y al instante se convirtió en perro, empezó a ladrar amenazadoramente y acto seguido se lanzó contra el enamorado galán, quien en vez de correr una aventura estuvo a punto de perder la vida.

El miedo se apoderó de él, quiso correr pero no pudo, a los pocos pasos cayó al suelo desmayado, desde entonces moderó sus costumbres donjuanescas y se volvió serio y formal.



Regreso de Quetzalcóatl

26

Uno de los casos que aterrorizó a los habitantes de Coyoacán fue la llegada de Cristóbal de Olid, montado en brioso corcel, con treinta y tres soldados a caballo; dieciocho ballesteros y escopeteros; ciento sesenta infantes de espada y rodela y más de veinticinco mil guerreros tlaxcaltecas, para apoderarse de la casa del señor de Coyoacán, Ixtolinque, al parecer amigo de Hernán Cortés.

Hombres y mujeres se asomaron a las puertas de sus casas y algunos guerreros intentaban la defensa, pero los vientos decían a éstos que eran los quetzalcoales que regresaban para destruir a los tiranos aztecas, que los teutules (blancos) eran amigos.

Pero los amigos, sin atender estas razones, arrasaron la población, la incendiaron y se instalaron en lo que más tarde sería el “Palacio de Cortés”.

Hernán Cortés, procedente de Xochimilco, llegó más tarde con sus capitanes y soldados e hizo gran enojo al encontrar la ciudad des poblada, reprimiendo por ello al capitán español Cristóbal de Olid.

Por medio de Doña Marina, La Malinche, convenció a los nobles de Coyoacán, principalmente al cacique Ixtolinque, para que lo ayudará y le regaló cuentas de vidrio, espejos y otras chucherías, mientras él recibió a cambio collares de oro y plata, esmeraldas, chalchihuites y ricos mantos de pluma y algodón.

Ixtolinque mandó sonar los caracoles guerreros y al poco tiempo, aquella ciudad desolada se vio llena de gente a la que él, el señor coyoacanense, calmó diciendo que los “Hijos del Sol: venían en son de paz, que regresarán a sus casas, que nada malo pasaría.



La calma se restableció un poco pero los indios veían que el palacio de su señor era invadido por castellanos y tlaxcaltecas que se burlaban de ellos.

Hernán Cortés de entretanto, desde la azotea de la casa del señor Coyoacán, con su catalejo observaba los últimos combates entre aztecas y españoles a bordo de naves y canoas, o en tierra. Lo acompañaban sus más cercanos capitanes, doña Marina, el cacique coyoacanense Ixtolinque, dos de sus capitanes, y un sacerdote indígena, quien de mala gana presenciaba el bautizo de Ixtolinque, quien ya convertido y catequizado al cristianismo recibió el nombre de don Juan Ixtolinque, al que apadrinaron, según cuentan las consejas, Hernán Cortés y doña Marina.





La Malinche

Todas las noches, a eso de las doce, las pocas gentes que pasaban por la calle de La Higuera, veían iluminarse la casa de tezontle rojo que, allá por mil quinientos y tantos, habitó La Malinche. La llamaban “La Casa Colorada”. Tosca, primitiva, de paredes lisas. Sus ventanales tan estrechos, que se duda que alguien pudiera mirar por ellos. Durante el día, esa mole de muros macizos, agresivos, parecía triste, pero apenas la gran sombra de la noche la envolvía, parecía que avanzaba sobre el atrio de la iglesia de La Concepción que se encuentra enfrente.



En ese momento empezaba el encantamiento. Se oía el sonar desatinado de un lloro que se colaba por sus grietas y se veía una luz filtrarse por sus ventanas estrechas. Y aunque la luz no era muy brillante, los muros parecían aclararse hasta hacerse transparentes. Este claror tenía el poder mágico de unir “La Casa Colorada” con la iglesia, por medio de un sendero de guijarros lucientes que cortaban de tajo la espesura de la sombra.

Al exacto sonar de las doce horas de la noche, la gran puerta de “La Casa Colorada” se abría y aparecía un grupo de formas muy extrañas. Todas inclinadas hacia delante, largas y escuálidas, una sola alta y erguida y todas envueltas en largos trajes negros. Sus rostros amarillosos, transparentes, como de seres de otro mundo. Pero en sus ojos lucía una mirada llena de fuego. Era La Malinche y su cortejo que iba todas las noches a reunirse con don Hernando Cortés en aquella iglesia, perdida en un barrio del viejo Coyoacán.



El Señor de las Misericordias

Nuestros antepasados nos han legado una serie de testimonios orales que hemos conservado sobre la leyenda del Señor de la Misericordia, esta es una de sus versiones.

A mediados del siglo XVIII los mayordomos del pueblo de Santiago Zapotitlán (hoy delegación Tláhuac), llevaban al Señor de la Misericordia al centro de la ciudad para restaurarlo, después de caminar varios kilómetros, llegaron a un lugar donde se encontraba un tinacal, en lo que ahora es Taxqueña y Tlalpan. Ahí se detuvieron para saciar su hambre y su sed. 'El Señor' fue colocado en un lugar que consideraron seguro. Al salir de la pulquería se dieron cuenta que la imagen no se hallaba en el sitio en el que la habían dejado, la buscaron por los alrededores pero no la encontraron.



Varios días después un tlachiquero que transportaba su pulque, escuchó el llanto de un niño, que se oía entre el tular. Al acercarse al lugar de donde procedía el llanto, se dió cuenta que era una imagen. Dió aviso a su pueblo y de ahí empezaron a correr la voz a los demás poblados circunvecinos. La gente de los distintos pueblos acudió al lugar y sus representantes determinaron llevar al 'Señor' a su respectivo templo.

Cuentan nuestros antepasados que al intentar alzar la imagen, ésta se hacia tan pesada que no podían levantarla. Transcurría el tiempo y los representantes de los pueblos se retiraban cabizbajos sin lograr, después de gran esfuerzo, poder levantarlo.

Fue el turno del pueblo de Los Reyes quienes, temerosos de sentir tal pesadez, se dieron cuenta que el 'Señor' era ligero como una pluma, tan ligero que no les costó trabajo levantarlo. La gente de Los Reyes se llenó de júbilo y alegría al tener la fortuna de ser el pueblo elegido por el Señor de La Misericordia.



Tiempo después, cuando los representantes de Santiago Zapotitlán se enteraron que el Señor de La Misericordia, se encontraba en el pueblo de Los Reyes, vinieron a reclamar su imagen. Al explicar cómo había desaparecido, los mayordomos del lugar accedieron a sus demandas, pero cuando los de Zapotitlán intentaron alzarlo, se llevaron la sorpresa de que la imagen del Señor nuevamente se hacía pesada, sin querer irse del pueblo que le había manifestado su fe.





El Pasajero que Tenía Abono

Desde el inicio del siglo pasado hasta 1954 Coyoacán tuvo servicio de tranvías eléctrico: grandes tranvías amarillos que arrastraban un remolque donde se podían llevar bultos voluminosos.

El tranvía partía del Zócalo de la Ciudad de México, continuaba por la calzada de Tlalpan hasta llegar a Churubusco y seguía su curso hasta llegar a Coyoacán. Recorría los viejos muros del atrio de la iglesia de San Juan Bautista, entraba en la Calle Real de Santa Catarina, hasta llegar a la finca de El Altílo, atravesaba el puente de Panzacola, seguía por la calle Arenal y luego por la de La Paz, llegaba a San Ángel rodeaba el jardín de San Jacinto y volvía por el mismo camino de regreso al Zócalo.

Cuentan viejos relatos de principios de siglo que todas las noches a las doce abordaba el tranvía en el puente de Panzacola




un hombre embozado en una capa y gran sombrero. Al subir al tren decía al conductor: “traigo abono” se pasaba rápido al interior del carro, con prisa lo recorría y descendía por la puerta trasera a la siguiente parada.

Todas las noches se repetía la misma escena hasta que una noche el conductor, optó por pedir que le mostrara el abono que decía tener. El hombre detuvo el paso, se volvió y bajó el embozo, el conductor se llenó de miedo un frío helado recorrió todo su cuerpo y poco faltó para que cayera desmayado. El pasajero mostraba bajo el sombrero una descarnada calavera con dos hoyos por ojos y dos hileras de dientes que daban la impresión de estar riéndose.

Relatan ancianos del rumbo que el misterioso pasajero fue en vida un humilde muchacho que tuvo la desgracia de haberse enamorado de una bella y rica doncella que vivía en una casona cerca del puente.





La muchacha era huérfana de madre, el padre autoritario, hosco, celoso de su hija a la que tenía casi cautiva, no la llevaba a fiestas ni paseos. No tenía amistades, su única salida era el domingo a temprana misa y escoltada por su padre o por una vieja y fiel sirvienta.

Un domingo, valiéndose de mil mañas, logró el galán burlar la vigilancia y entregar a su amada un paquete que ella guardó rápidamente bajo su capa. De vuelta a su casa subió presurosa a su alcoba y con mucho sigilo abrió el paquete y encontró una hermosa paloma con un recado atado a una pata que decía: “esta paloma será nuestra mensajera”.

Desde ese día hubo intercambio epistolar, la paloma bajaba donde estaba el muchacho y luego regresaba a la ventana donde era recibida por la dama.

Un día se dió cuenta el padre del idilio y encaró al muchacho, lo amenazó de muerte si seguía rondando su casa, tratando de robar el corazón de su hija. Los amantes decidieron cambiar la

hora de la cita para más noche y así burlar la vigilancia paterna, a las once llegaba el joven embozado en su capa para protegerse del frío y una hora más tarde, a la media noche, se despedía de su amada y tomaba el tranvía en el puente para regresar a su casa.

Cierta noche que el padre de la novia llegaba tarde a su casa, se dió cuenta de la desobediencia y lleno de ira pagó a una mano asesina para que matara al galán; noches después era arteramente asesinado. La paloma al regresar a la ventana llevaba el pico y las patas manchadas de sangre fresca y a la mañana siguiente la dama la encontró muerta en su jaula.

Las siguientes noches la joven abría su ventana y encontraba al galán en el lugar de costumbre, fiel a su amor venia del más allá para asistir a la cita. Daban las doce de la noche y como en vida lo hiciera, se despedía de la dama con una ligera inclinación y se dirigía al puente para tomar el tranvía y llegar a su casa.

Espíritus Chocarreros y Juguetones

En la esquina sur-oriente que forman la calle de Fernández Leal y avenida Hidalgo existió una vieja casona color amarillo ocre, casa que inspiraba curiosidad y misterio pues era tristonaa y lóbrega. No estaba alineada con las demás casas sino que se desviaba de tal manera que la esquina ocupaba la mitad del arroyo de la avenida Hidalgo, estrechaba la calle y formaba un cuello de botella. A la mitad de los años treinta fue demolida para alinear dicha avenida.

Por los años veinte habitaba esa casona don Antonio Álvarez con su familia quien relataba cosas raras que sucedían en su casa. Cierta noche al llegar a ella introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta de entrada; a un mismo tiempo se abrieron todas las puertas y ventanas de la casa.



Pasaron varios días y nada extraordinario volvió a suceder, la familia esperaba temerosa que se repitiera el fenómeno. Se oían ruidos extraños a altas horas de la noche, rechinidos, crujir de vigas, y el silbar del viento era más que estruendoso. No solamente eran espantadas las personas mayores sino también los pequeños, había una niña que apenas hablaba y cuando miraba acostada al techo se atemorizaba y señalaba hacia arriba lloraba y balbucía palabras.

En vista de estos extraños sucesos se acordó rezar todos los días el rosario por las “Almas del Purgatorio” y como por arte de magia los ruidos terminaron; pero si alguna noche olvidaban rezar, se repetían los fenómenos hacían su presencia los espíritus llenándolos de espanto y temor.

Para terminar de una vez con estos acontecimientos raros y molestos se resolvió mandar celebrar “misas gregorianas” y desde esa fecha se alejaron para siempre de la casa espíritus y ruidos.



La Casa del Muerto

Una tarde deambulaban por el patio de restaurante “Villa de Sosa”, (dentro de la antigua casa de Francisco Sosa) una señora acompañada por una joven, recorrían el patio de un lugar a otro, mientras que señalaban rincones y hacían comentarios.

Al verme venir la señora me dijo: “Perdone mi intromisión, pero le cuento a mi hija que esta es la casa del muerto”. Pasamos a un salón y pedimos café. Después que la señora me hubo contado su historia le dije. “Esta casa no puede ser la de su relato, pues don Francisco Sosa la habitó de 1880 a 1925”. Después de algunas aclaraciones llegamos a la conclusión de que “la casa del muerto” debió estar dos casas antes, posiblemente el antiguo número 12 de la Avenida Juárez, hoy calle Francisco Sosa.



Según me contó la señora un tío suyo habitó esa casa en tiempos de la Revolución. Era antigua y tenía anchas paredes y techos altos que le daban un aspecto triste y un poco lúgubre.


La sirvienta que trabajaba para la familia, un día agachando la cabeza y mordiendo una punta del delantal habló con el señor: Todos los días -dijo- encuentro un señor en la sala y me hace señas con las manos como llamándome, a mí me da mucho miedo y me salgo corriendo.

-Debes preguntarle qué quiere - le dijo el patrón.

Días después la sirvienta volvió a hablar con el jefe de la casa: Dice el señor que en esta casa hay un tesoro. Que yo lo saque y que la mitad debe ser para mí y la otra mitad para un zapatero remendón que tiene su negocio allá por el mercado.

-Todo esto está muy bien -dijo el señor-, pero preguntale cuál es el lugar donde está el tesoro para poderlo sacar y hacer lo que él te pide.





La sirvienta obediente hizo lo que se le mandaba y logró saber el lugar donde se hallaba el tesoro, se lo indicó a su patrón y éste ni tardo ni perezoso fue por un peón y empezaron a cavar en el lugar indicado. Al poco tiempo de cavar, la barreta que utilizaban se zafó de sus manos y se hundió, agrandaron el hoyo y se dieron cuenta de que había llegado a un túnel bastante grande y alto, donde se podía caminar fácilmente.



Bajaron al túnel y siguieron cavando en la dirección que coincidía a la indicada y al poco tiempo encontraron un cofre de hierro; comenzaron a sacarlo, era muy pesado, se les resbaló, cayó y empezó a hundirse poco a poco, luego brotó agua y el cofre se fue perdiendo y fue imposible encontrarlo.

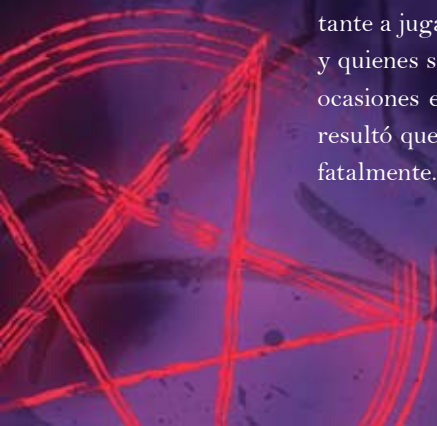



El Diablo se Aparecía en el Callejón del Aguacate



Todo pasó allá en los tiempos del general Lázaro Cárdenas. Fue una época de muchas cosas extrañas. Por un lado había resentidos contra el gobierno y de parte de éste, gente que jugaba con la magia negra como una familia que vivía en el Callejón del Aguacate.

Todos decían que en aquella casa se juntaba gente muy importante a jugar con la ouija para saber quiénes eran sus enemigos y quienes sus amigos, qué hacer, cómo portarse. En una de las ocasiones en que los dueños y sus invitados se reunieron ahí, resultó que la tabla les dijo que uno a otro se iban a traicionar fatalmente.





El dueño de la casa decidió que no iba a ser traicionado por los demás. Se adelantó a los hechos y decidió matar a los señalados por la ouija. Para ello, los invitó a una de las sesiones acostumbradas en su casa. Una vez reunidos alrededor de la mesa en que colocaba el demoniaco instrumento, apareció con una pistola y los mató incluyendo a su esposa.

Para ocultar su asesinato los enterró en el jardín de su propiedad. Pasó un año y nadie supo del crimen. El malvado parecía disfrutar como nunca de su fortuna pero un día otros amigos notaron su ausencia prolongada y fueron a su casa para saber cómo estaba.

A su llamado no respondió nadie, ninguno de los criados se apareció, todo estaba en silencio, creyeron que la casa había sufrido un robo y con la ayuda de la policía tiraron la puerta. Cuál sería su sorpresa al encontrar el cuerpo de su amigo sin cabeza, en la casa todo se hallaba en orden, no faltaba nada... y a diferencia de los cuerpos de las víctimas que encontraron desenterrados, la cabeza del dueño de la casa no apareció jamás.

Dicen que en ese lugar se escuchan aullidos y arrastrar de cadenas y que en una de las ventanas que da a la calle al oscurecer, se puede ver a la que fuera esposa del acaudalado hombre, una mujer joven y hermosa que nunca mereció tal fin.







La Mula de la Colonia de El Carmen

Por el año de 1930 un vecino llamado Manuel vivía con su familia en la calle de Madrid, cuando la colonia Del Carmen no estaba aún urbanizada. Era el mayor de los hermanos varones, estudiaba en el colegio que los salesianos tenían en Santa Julia por lo que tenía que salir a las cinco de la mañana, para tomar el tranvía de las cinco y cuarto y llegar al Zócalo, de allí tomar un camión a Santa Julia y llegar al colegio a las siete.

Para llegar al centro de Coyoacán tomaba la calle de Aldama y cierto día, cuando acababa de cruzar la calle de Londres, lugar conocido como la “Esquina del tejocote”, se le apareció de repente una mula encabritada que echaba lumbre por la boca y le brillaban los ojos intensamente; la oscuridad aumentaba lo siniestro de la escena. Manuel se llenó de miedo pero tuvo fuerzas para correr y alejarse del lugar.

A la hora de la comida contó la aventura a su familia, todos quedaron impresionados, su padre le dijo que en adelante se hiciera acompañar por José, el mozo; así lo hizo y a la mañana siguiente salió acompañado por José, quien iba muy valentón, se burlaba de Manuel y hacía guasas, pero al llegar se volvió a aparecer la mula echando fuego por la boca y con los ojos brillantes.

Como la primera vez Manuel pudo correr y alejarse del lugar; José llegó como pudo a la casa de sus patrones, sudoroso, pálido, con los ojos desorbitados, jadeante y sin poder hablar, pasado un rato relató tartamudeando lo que había visto. Después de ese día nunca más se le volvió a aparecer la mula a Manuel.



Otra familia también tenía su casa en la calle de Madrid, casi esquina con la calle de Centenario, donde ahora está el teatro La Capilla. Tenían carros tirados por mulas, en los que transportaban entre otras cosas, barriles de pulque. Una mañana antes de salir el sol, transitaba uno de esos carros con mucho trabajo por los hoyancos, cuando de pronto hizo su aparición la mula de marras, al verla las otras mulas que tiraban el carro se asustaron y corrieron velozmente, el vehículo se volcó a los pocos metros y los barriles se desparramaron.






El Árbol de zapote Blanco

Muy poca gente recordará, y los que no lo vivieron o vieron menos aún lo creerán, que a fines de los años treinta y principios de los cuarenta, en varias calles del viejo Coyoacán se encontraban árboles frutales de zapote blanco, tejocotes y otros.

En particular es digno de recordar un enorme árbol de zapote blanco, que estaba al centro de la calle de Aurora, frente a lo que era una pulquería, y el que, según decían los viejos habitantes del lugar, había sido sembrado durante la Colonia, en lo que era la huerta de la casa de un potentado de esa época.





Se contaba que bajo sus raíces se encontraba enterrado un tesoro de varios doblones de oro y piezas del mismo metal, y que nadie, por más esfuerzos que hizo, había logrado desenterrar ese tesoro, ya que poco antes de morir su propietario había asegurado que los bienes sólo podrían ser desenterrados por aquella persona que él, de una manera u otra, señalara.

Por mucho tiempo se dijo que durante las noches en que no había luna llena, noches de completa oscuridad, se veían danzar grandes bolas de fuego señalando el sitio mencionado y que, aunque mucha gente intentó acercarse, siempre sucedió algo que se lo impidió.

Este árbol fue cortado durante la década de los años cincuenta, al pavimentar y empedrar esa calle, quedando sepultada su base, raíces, secretos y posiblemente el tesoro del que tanto se hablaba.



Noche Lóbrega y Lluviosa

El señor Perrusquía trabajaba en la estación transmisora de radio que se encontraba en lo que hoy es División del Norte, pero en la época de nuestro relato se conocía como “Aguas Potables” porque por allí venía el agua de Xochimilco a la Ciudad de México.



La jornada fue pesada, el último programa transmitido había sido un episodio de la famosa serie “El monje loco”. La noche era negra, lluviosa con rayos y truenos que daban inmejorable marco al ambiente misterioso y tético del programa radiofónico y que influía también en su ánimo, llenándolo de temor y desasosiego.

Nervioso, el señor Perrusquía se dirigió al estacionamiento y abordó su coche, sintió frío y notó que había dejado las ventanas abiertas, las cerró, puso a funcionar su motor y emprendió la marcha.

A poco andar sintió que alguien estaba en el coche en el asiento trasero pero lo atribuyó a los nervios y siguió su camino. Con el fulgor de los rayos creyó ver un bulto que se movía detrás de él, no podía ir más rápido pues el paso era de tierra con numerosos hoyancos llenos de agua a causa de la lluvia que caía copiosamente, como si el cielo quisiera vaciarse. La calzada de Tlalpan distaba todavía a dos kilómetros; el viaje se hizo eterno, parecía que nunca iba a terminar.

De pronto sintió en la nuca un calor de vaho que le puso los “pelos de punta”, siguió su camino lo más de prisa que pudo para llegar lo antes posible a la calzada de Tlalpan que era menos lóbrega y solitaria, pero no pudo; en su hombro sintió caer una mano peluda y pesada que lo hizo perder el conocimiento y se fue a estrellar contra un poste.

¿Cuánto tiempo estuvo así? No lo supo, pero al volver en sí se vio rodeado de gentes que lo miraban curiosas y atrás de él, en el asiento trasero, un gran perro con la lengua de fuera, acezando, movía la cola.



La Dama Sonriente y Noctámbula

Por los años cuarenta un grupo de jóvenes, pertenecientes a la Asociación Cristiana de Jóvenes Mexicanos YMCA tenía su local en la calle de San Francisco casi en esquina con Presidente Carranza. Un sábado terminaron sus actividades después de las once de la noche, algunos de los muchachos se fueron rumbo a San Francisco, otros hacia La Conchita, pero la mayor parte se dirigieron al centro de Coyoacán.



Todo era quietud sólo las voces de ellos rompían el silencio de la noche. Conversando alegremente llegaron a la calle de La Higuera y doblaron a la izquierda, no habían caminado algunos pasos cuando uno de ellos dijo a su compañeros: “¡Miren, alguien viene por allá!” Todos vieron una mujer extraña y singular; era de baja estatura, delgada de cuerpo y cargada de años, vestía antiguas ropas y cubría su cabeza con mantilla y peineta. Caminaba ligera como si no tocara el suelo, la vieron acercarse con curiosidad y expectación, pasó junto de ellos y les sonrió, todos sintieron una rara sensación. Voltearon al unísono y la vieron ágilmente recorrer la calle y perderse de vista al llegar al jardín de La Conchita.

Más adelante un par de ellos tomó la calle de Centenario, luego la Avenida México y en seguida la calle de Guerrero. Al llegar a la calle París vieron pasar otra vez a la misteriosa dama: ligera, sutil, ingrávida y un ligero temblorcillo recorrió sus cuerpos y se preguntaron: “¿Cómo pudo llegar hasta aquí tan rápidamente esta señora, que hace poco la vimos perderse en el jardín de La Conchita?”.



Apretaron el paso y siguieron nerviosos, atravesaron la calle a paso rápido, caminaron por la calle Londres y al llegar a la calle de Berlín aún no habían podido tranquilizarse, cuando se cruzó con ellos por tercera vez la misteriosa dama. Al pasar junto a ellos volvió a sonreírles y siguió su camino como si el viento la llevara.


Muertos de miedo rápidamente se alejaron del lugar. Cada uno quería que el otro lo acompañara a su casa, tras breve discusión acordaron irse cada cual a su domicilio y al llegar silbar para dar a entender que ya estaban a salvo. Así lo hicieron, entraron rápidamente a su cuarto donde pasó largo tiempo para poder conciliar el sueño.





Los túneles



Dicen que hay un momento, corto algunas veces, otras largo, en que el tiempo parece ignorarlo todo, se detiene, nada se mueve, no hay sonidos, el aire se siente pesado y espeso, un sopor invade las bancas del Jardín Centenario de Coyoacán, gozando de la tranquilidad de los años y del ambiente, los niños dejan de jugar en el legendario kiosco, ya no persiguen a las palomas, éstas dejan de aletear, buscan sus nidos y ya no se escucha el currucucú en las cornisas del edificio de la Delegación, es entonces cuando un extraño rumor recorre subterráneamente parte de los patios de ese edificio y aumenta gradualmente al cruzar el jardín, parece que algo cruje y se resquebraja precisamente bajo el kiosco y sigue el murmullo hacia la parroquia, en donde disminuye o se aleja y por fin se apaga, queda en el ambiente un tenso temor que desaparece rápidamente y todo vuelve a la normalidad...

The background of the page features a silhouette of a colonial town skyline against a vibrant sunset sky. The sky is a mix of orange, red, and purple, with soft, out-of-focus light spots. The buildings are dark, showing various architectural styles with domes and spires. At the bottom of the page, there is a decorative horizontal line with a repeating pattern of circles and connecting lines, resembling a stylized tunnel or a network.

Cuentan, y muchas gentes lo saben, que en Coyoacán existen, desde antes del tiempo de la colonia, unos túneles, más bien le llamaríamos una red de Túneles, jamás se ha llegado a saber cuántos son, ni hasta donde llegan, no se sabe si todos se comunican entre sí.

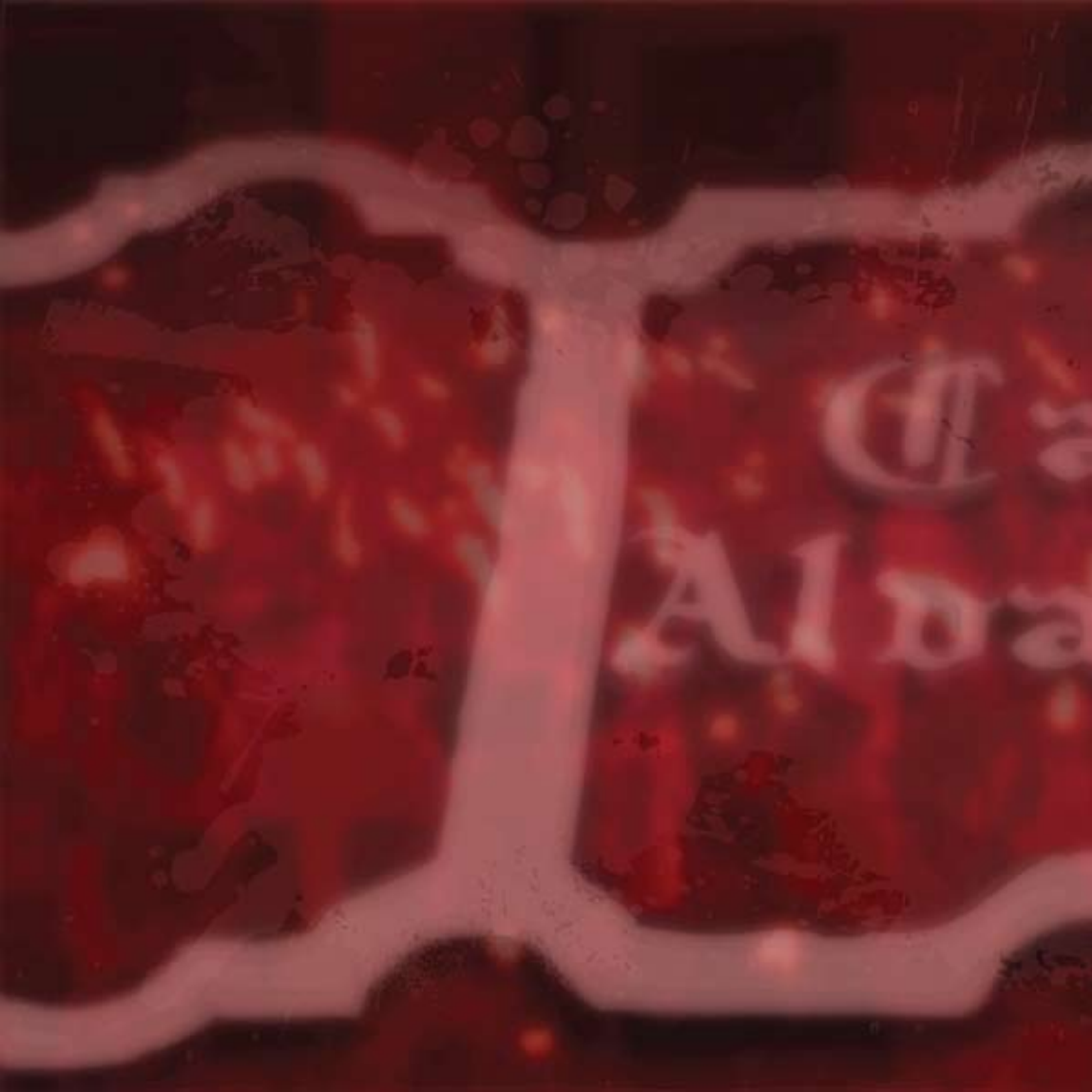
Dicen que los antiguos pobladores de estas tierras, cuando sus costumbres y tradiciones se vieron amenazadas por los españoles en aras de la evangelización y de la civilización, escondieron en uno de esos túneles, sus tesoros: ídolos, maderas talladas, figuras, columnas labradas, vasijas, pectorales, collares de valiosos materiales, etc., todo lo que los hispanos querían arrebatarles. Dicen que en el tiempo de los aborígenes esos túneles eran paso para los grandes señores utilizaban para comunicarse sin ser vistos, o bien para huir de algo o de alguien, después fueron utilizados como una especie de bodega y posiblemente fueron escondrijo de rufianes, de hombres dedicados al sobo y al mal.





Dicen que cuando esos extraños ruidos, se escuchan bajo el piso del jardín y en los patios de la Delegación, al mirar hacia el patio central, se ve la opalina sombra de un alto y fornido indio, un poco encorvado, parece que estuviera escondiéndose o espiando..., sale de la capilla que da al patio principal, permanece un instante cerca de la fuente y se esfuma con rapidez. Se cree que esa sombra pertenece al guardián de los túneles y que esos ruidos son una advertencia para futuros intrusos, aventureros y curiosos.





Casa de Alvarado

En la casona que, se dice, habitó don Pedro de Alvarado también hizo la vida un alto. Por eso al sonar en el reloj las doce horas de cada noche, el lugar parece cobrar vida. En lo alto de sus escaleras arden lámparas y el umbral de la puerta que da a la avenida Juárez se llena de criados. Están ahí parados, graves, como ídolos. Cada uno lleva una antorcha, pero sus rostros permanecen en la sombra bajo el hirsuta pelambre de su cabeza. Esperan en vano el regreso de don Pedro. Da el reloj una campanada más y desaparecen súbitamente en forma de polvo, ceniza o nube.



Casa de Los Camilos

En el convento de “Los Camilos”, al finalizar el día, cuando el sol extenuado comienza a adormecerse, se oye a través de los muros espesos la oración de los frailes. Es inútil que digan que hace varios siglos que los monjes partieron. La oración está ahí, flotando en el aire. Y cuando alguien pretende mirar por encima de las bardas, las voces se apagan y sólo se escucha el ruido de los árboles trastornados por el viento. Pero algunos han logrado oír golpes de pies desnudos sobre las baldosas y ver, bajo la luna, blancas vestiduras que se ocultan en las profundidades de los corredores.



Convento de Churubusco

En el barrio de San Diego Churubusco las casas, los campos, las calles, tenían un extraño aspecto de misterio y pavor. En el aire se sentía la presencia del pasado y la leyenda surgía hasta del más pequeño resquicio de las grietas.

En el viejo convento de Churubusco, las columnas descascaradas sostenían arquivoltas carcomidas y en algunas celdas el cielo había sustituido a los techos. En los altares donde se adoraba a Dios, hacían nido las arañas y los murciélagos y el sol, llegaba hasta las criptas abiertas. En todas partes polvo y silencio.

Pero a la hora en que las sombras invadan la tierra esas ruinas de grandeza, cubiertas de hierbajos y alimañas, dejaban salir la luz y la vida del pasado. Entonces se veía a los monjes salir de sus estrechas celdas y dirigirse en cortejo a los altares encendidos.

La letanía alternaba con el órgano y la voz de los coros resonaba bajo la bóveda sagrada. Pero esos cantos se interrumpían de repente y, durante cada una de las interrupciones, un tronar de cañón retumbaba. Y este rugido era acompañado de gritos de dolor y ayes de moribundo. Así todas las noches, en el aire del barrio, se fundían, al conjuro de las sombras, la trágica “Batalla de Churubusco” y la mística vida de los frailes.


Las gentes lo sabían y lo platicaban en voz baja y de susurros se iba saturando el aire de leyendas y la imaginación descubría, al andar por las piedras desconchadas de las calles desiertas, al soldado que murió por su patria o al monje desangrando a golpes de silicio.

La Cruz de Piedra

Era famosa la cruz de piedra en el Atrio de la capilla San Francisco en el barrio del mismo nombre, donde siempre había pájaros que cantaban.

El día de fiesta de San Francisco de Asís, el 4 de octubre, los novios cambiaban “medidas” (cordelillos tejidos en lana de todos colores). Mirándose a los ojos se echaban al cuello esas deliciosas sogas, juramento de amor eterno, más sagrado que las palabras.





Las gentes dicen que alguien faltó a su juramento y la cruz
lloraba de dolor.


En ciertas ocasiones se veía la sombra de una mujer que con-
templaba en éxtasis una medida y después desaparecía. Según
otros, se oía con extraña claridad el caer de sus lágrimas, que
producían un ruido como el del cristal al chocar contra una
roca



Las sombras del barrio de Santa Catarina

Los escondrijos secretos, los árboles milenarios, las callejas oscuras y las casonas antiguas, en donde se confunden la realidad y la leyenda, están en el barrio de Santa Catarina. Todo el ayer se detuvo ahí a favor de las sombras en un descanso misterioso y seguro. Parecía que nada se movía y también que nada registraba el tiempo que pasaba. Los fantasmas seguían viviendo en una bruma gris que bajaba de las ramas y de las nubes y, a veces, se arriesgaban a salir, despacio, fuera de sus escondrijos; algunos viejos y niños los vieron deambular por los callejones y hasta quisieron seguirlos, pero los fantasmas huían y volvían a confundirse con el rumor profundo y vago de las sombras.





Era inútil que los viejos y los niños cerraran la salida del pasadizo subterráneo que usaba don Hernando Cortés para ir de su palacio al de don Pedro de Alvarado o que intentaran ahuyentarlos de la ermita del Altillo, o que los exorcizaran en la casa de Diego de Ordaz. Los fantasmas andaban siempre por las calles, sin temor, porque de un golpe suprimieron el tiempo, parando el reloj en las doce horas de cualquier noche, dejando sumido en un basto silencio al barrio de Santa Catarina.





Angelita

Cuando “Angelita”, con paso silencioso, resbalando, como si condujera su apergaminada figura entre invisibles espadas desnudas, atravesaba el zócalo de Coyoacán, nadie se atemorizaba y hasta los niños reían de sus extravagancias. Y cuando muda, agrandada la pupila, los brazos ligeramente alzados, se acercaba a alguien y lo tocaba con ademán amistoso, éste sabía que debía pagar con algunas monedas su atención.

Entonces el rostro de “Angelita” se tornaba agradable, gracioso, las cejas se le juntaban sobre el nacimiento de la nariz, las comisuras de la boca empezaban a moverse precipitadamente y caía sobre el pecho del donante para derramar lágrimas de agradecimiento.

Así permanecía, gimoteando, unos segundos y de repente, se apartaba con violencia y adoptando una expresión jocosamente

teatral, lanzaba al aire, con gritos destemplados, las primeras notas del aria de “Luccia”. Y así, cantando, se alejaba, altiva y enigmática, entre el coro de risas de las gentes.

Si se le gritaba “Angelita”, se volvía rápidamente, sonreía con una sonrisa candorosa e inclinaba la cabeza hasta el suelo con la más cortesana de las reverencias.

Otras veces su rostro se hacía grave, serio, y haciendo tres veces sobre su frente la señal de la cruz, empezaba a gritar quién sabe cuántos insultos a su hermano y a su cuñada, acusándolos de haberla despojado de su fortuna. Pero esto duraba poco, en realidad se pasaba la vida cantando y rezando.

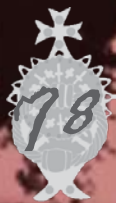
Todas las tardes se la veía recorrer, de rodillas, la iglesia, inclinando su cabeza plumiza, a fuerza de caspa, ante todas las imágenes. Ni la más pequeña o la más escondida escapaba a su devoción. Cuando salía de ahí, se la veía desaparecer entre las brumas de la noche y sus cantos se perdían mezclados al rumor de viento entre las sombras.

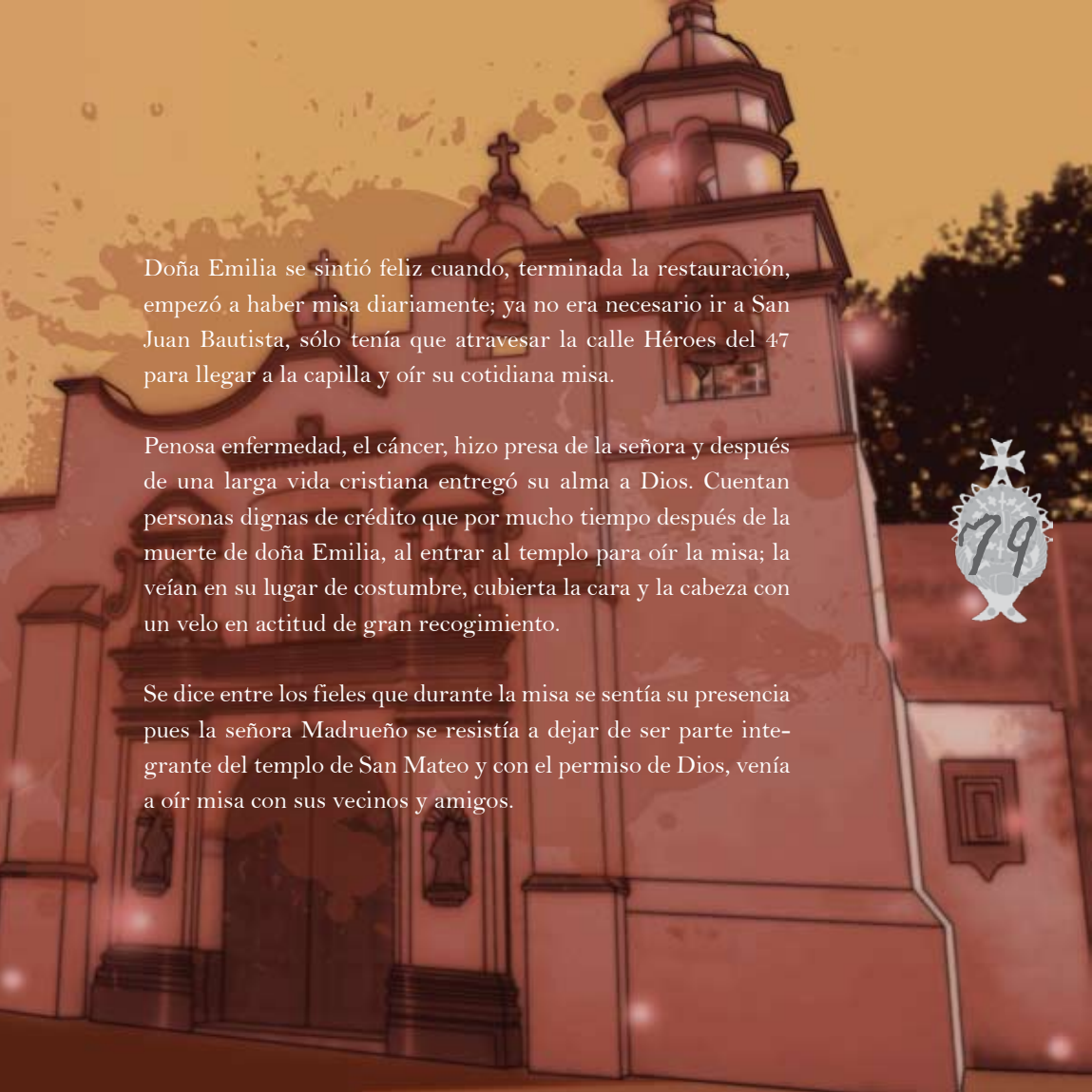


Doña Emilia

La señora doña Emilia Gutiérrez de Madrueño vivió por mucho tiempo en la calle de Juan Aguilar y López en Churubusco. Solía oír misa todos los días, por lo que viajaba hasta la parroquia de San Juan Bautista en el centro de Coyoacán, esto le acarrea grandes molestias por ser un camino largo para sus años.

Por tal motivo, cuando se empezó a reparar la capilla de San Mateo, cercano a su domicilio, ella puso todo su interés y todo su tiempo en ayudar como pudo a la renovación del templo: recolectaba limosnas, hacía rifas, organizaba kermeses, en fin, ayudaba a todo aquello que se hiciera para pagar las obras de la capilla. La reconstrucción se hizo adecuadamente respetando la sobriedad del templo, guardando su sencillez y estilo, se respetó su fisonomía original y no se cambió su ambiente.





Doña Emilia se sintió feliz cuando, terminada la restauración, empezó a haber misa diariamente; ya no era necesario ir a San Juan Bautista, sólo tenía que atravesar la calle Héroes del 47 para llegar a la capilla y oír su cotidiana misa.

Penosa enfermedad, el cáncer, hizo presa de la señora y después de una larga vida cristiana entregó su alma a Dios. Cuentan personas dignas de crédito que por mucho tiempo después de la muerte de doña Emilia, al entrar al templo para oír la misa; la veían en su lugar de costumbre, cubierta la cara y la cabeza con un velo en actitud de gran recogimiento.

Se dice entre los fieles que durante la misa se sentía su presencia pues la señora Madrueño se resistía a dejar de ser parte integrante del templo de San Mateo y con el permiso de Dios, venía a oír misa con sus vecinos y amigos.



El Guanajuato

Alto y delgado, el “Guanajuato” era el juguete humano de los niños y el amigo de los perros. Su rostro, surcado de arrugas, tenía una expresión de infinita tristeza, tal vez de dolor. Su voz era apagada y gruesa y bajo sus párpados un poco hinchados, los ojillos brillantes miraban con angustia. Los labios delgados, como cortados por el viento, hacían resaltar más su nariz picuda y de su camisa entreabierta surgía el cuerpo magro, requemado por el sol. Llevaba la cabeza cubierta con un sombrero de palma, igual a los que se usan por el Bajío y a la espalda, echado a manera de zurrón, un ayate ennegrecido por el tiempo.

Todos aquellos a quienes se aproximaba se sentían inclinados hacia la caridad y si no le daban limosna, cuando menos le sonreían o le lanzaban un cariñoso: “adiós Guanajuato” que el



mendigo contestaba amablemente. Sólo los niños lo atosigaban con sus juegos y se agrupaban en cerco para no dejarlo pasar. Entonces les gritaba palabras que nadie entendía pero que provocaban risa. Y cuando se veía muy acosado por la irresponsable crueldad infantil, les lanzaba guijarros que no herían a nadie porque los dirigía a la tierra.

Los perros que le seguían le ayudaban en la tarea de abrirse brecha y cuando lo lograba, seguía su camino apoyado en sus piernas cuyas fuerzas parecían no poder soportar su marcha titubeante.

Y así, día con día. Nadie sabía ni dónde habitaba ni a dónde iba. Pero algunos cuentan que una tarde lo vieron buscar la sombra de un árbol cuyas ramas llegaban hasta la tierra y que después de mirar un rato al cielo, a través de las hojas que acariciaban su rostro, se durmió para siempre rodeado de los perros que siempre lo seguían.



Los Compadres del Puente de Xoco

El agua tranquila del río de Churubusco rodaba bajo los arcos del Puente de Xoco, una construcción maravillosa, con bóveda de cañón de piedra, que se erguía majestuoso al final de la calle Centenario para unir en la otra banda la antigua calzada México; sobre él pasaban carreteras, caballos y gente a pie; luego los primeros automóviles, pesados camiones y más tarde autobuses hasta llegar a ser el tránsito bastante frecuente.

Cuentan por allí que había dos vecinos de Xoco que eran compadres; un mal día, a pesar del respeto que se debían, empezaron a tomar pulque. La conversación era amena y el pulque espumoso, transcurría la tarde otoñal y el cielo empezaba a teñirse de rojo, un viento fresco presagiaba la proximidad de la noche que pronto llegó reinando la oscuridad. Los compadres seguían libando y platicando, el pulque hizo su efecto.



La conversación que al principio era amena, se tornó poco a poco en discusión que acabó en enojo; cegados por los efectos del neutle empezaron a pelear primero a golpes, luego relucieron las armas, salieron a la calle y la oscuridad se los tragó. A la mañana siguiente los madrugadores encontraron tirados sobre el puente a los dos compadres, inertes, sangrantes y con las armas homicidas en sus manos.

Cuenta la leyenda que los compadres fueron castigados por la falta de respeto que como tales se debían. No cupieron en el Campo Santo a causa de su pecado y fueron enterrados bajo el puente, uno a cada lado, y condenados a cargar sobre ellos el peso de la construcción. Asegura la gente que cuando pasaba sobre el puente un gran camión, entre el murmullo de las aguas se oía la voz de los compadres: “Aguanta compadre” decía uno, “Hazte fuerte compadre” respondía el otro. Según el vulgo, la firmeza del puente se debía al esfuerzo de los compadres que impedía que se viniera abajo.

Al entubar el río y demoler el puente, las voces no se oyeron más.



La Taxqueña

El “tendido” de comida estaba a la orilla de un extenso terreno, lleno de gigantescos girasoles amarillos rivalizando con altísimos soles de maíz de teja, un poco mas allá hacia charcos grandes y fangosos, cubiertos de ahuatele que eran el festín de las ranas ruidosas y saltarinas. Al fondo se adivinaba una pequeña casa de adobe en donde, se suponía, vivía la mujer que se encargaba del tendido.

Morena, de pelo lacio muy negro trenzado a los lados de su redonda y regordeta faz, sus ojos grises como el acero eran fríos y enigmáticos, su cuerpo rechoncho y bajito estaba presto para todo movimiento, inquieta e increíblemente activa, podía estar atendiendo su puesto las veinticuatro horas del día sin demostrar cansancio ni fastidio. Le llamaban la Taxqueña”, na-



die sabía su nombre de pila, no se le conoció familiar alguno, jamás reía, no bromeaba ni entablaba comunicación con los numerosos clientes que requerías sus famosos tacos.

Familias enteras iban complacidas a saborear las inigualables fritangas de “La Taxqueña”; casi obligado era para los arrieros y caminantes detenerse allí a saciar su hambre y su sed.

Un buen día con extrañeza se dieron cuenta de que no estaba el tendido, algunos de los clientes asiduos, intrigados, quisieron investigar la causa. Llegándose a la casita de adobe, encontraron, con gran sorpresa, un total abandono, no de días, sino de años posiblemente; mayor fue su sobresalto al descubrir entre espesas telarañas de los maderos polvosos y carcomidos, que alguna vez detuvieron lo que fuera el techo de la casita, un esqueleto casi cubierto de hojarasca. Al parecer su postura, estaba cocinando en el humilde fogón, dispersos por el piso de tierra vieron varios cacharros casi enterrados con una gruesa capa de lodo y lama señalando el paso de los años.



Una ráfaga de viento entró y, ante los aterrorizados ojos de los visitantes, casi desarma lo que quedaba de la mujer que muchos años atrás, dicen, llegó procedente de Taxco del Estado de Guerrero.

En esa gran extensión en donde había girasoles, está en la actualidad, la terminal del metro Taxqueña y la Terminal Sur de Autobuses.

Hay personas que aún ven el tendido y relatan la tétrica leyenda.





La Tasqueña

El Tigre del Pedregal

Dice la leyenda que en el Pueblo de Santa Úrsula Coapa, principalmente en los pedregales, conviviendo con todo tipo de alimañas silvestres, habitó un salteador, astuto y escurridizo, a quien todos los habitantes de la zona conocían como “el Tigre del Pedregal”.



“Dicen que allá en el Pedregal, cuando todavía había cuevas, existía una cueva grande, muy grande, que hasta una carreta cabía y que tenía una infinidad de joyas, oro, monedas, bueno, en fin, y que cuando ya era tarde y el sol se metía, la cueva se abría y uno podía entrar y tomar lo que quisiera, pero cuando ya iba uno a salir se oía una voz tenebrosa que te decía - ¡todo o nada! – pos cuándo y salía uno corriendo con lo que llevara, al salir ya no llevaba uno más que piedras y si regresabas con ayuda a la cueva, ésta se cerraba, desaparecía, dicen que era el tesoro del Tigre del Pedregal y que esa era su voz. Anónimo

Isaac Mendicoa Juárez “El Tigre del Pedregal” nació en el pueblo de Santa Úrsula Coapa, jurisdicción de Coyoacán, según la crónica oral fue hijo de un textilero español y de una nativa del pueblo, la cual todavía hablaba incluso un dialecto. Es de suponerse que Mendicoa nació a fines del siglo XIX, su infancia y adolescencia la vivió en medio de la pobreza y la violencia con el estallamiento de la Revolución Mexicana -1910-1920-.

Ese pueblo se localiza geográficamente en los límites de la delegación de Coyoacán y Tlalpan, además de que gran parte de su zona comunal se encuentra en el llamado “Pedregal”, “Malpaís” o también conocido como “el Coyoacán negro”, esto es, la gran capa de piedra volcánica que se formó con la erupción del volcán “Xitle”, que se localiza en las faldas del cerro del Ajusco.

En esa zona se formó todo un ecosistema propio y rico en flora y fauna, parte de esa riqueza ecológica serían sus grutas y cuevas, en donde según las crónicas, Isaac Mendicoa encontraría refugio y asumiría el sobrenombre de “el Tigre del Pedregal”.



“el Tigre de Santa Úrsula” o “el Tigre de Los Pedregales de Coyoacán”, esto por la facilidad que tenía para escabullirse, para esconderse, además de su fama como asaltante sanguinario, junto con el estigma del héroe que en la población se buscaba.

“Fíjese, cuando el Tigre robaba, el pueblo comía, ya que repartía con los pobres lo que se agarraba”. Anónimo.

Sería el Estado de México, cerca del Municipio de Texcoco, donde fue muerto supuestamente al intentar huir de sus captores, aunque para nadie queda duda que ahí se aplicó la famosa “Ley fuga”.

Así, en julio de 1933 muere Isaac Mendicoa Juárez, muere el hombre y nace la leyenda de “el Tigre del Pedregal”.

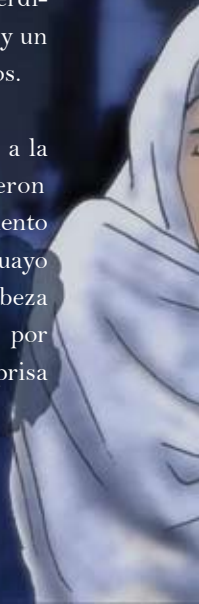




Ésa es Mi Morada

Poco antes de la media noche, después de larga ceremonia, salieron de la iglesia parroquial Armando Peña y su amigo, tras ellos salió también una solitaria dama vestida de blanco y con rebozo del mismo color cubriendo su cabeza. El parque Centenario y el Jardín Hidalgo estaban solitarios, ninguna persona transitaba por ellos, los fieles que habían salido antes se perdieron entre las calles rumbo a sus hogares, la noche era fría y un vientecillo helado se colaba entre la ropa y calaba los huesos.

Peña y su amigo creyeron deber de caballeros acompañar a la dama a su domicilio dadas las circunstancias; le propusieron llevarla hasta su casa, ella asistió con un pequeño movimiento de cabeza y con pasó ágil la mujer enfiló por la calle de Aguayo escoltada por los dos muchachos. El rebozo cubría su cabeza e impedía ver la cara, por más que hacían los muchachos por conocer su rostro no lo lograban, ella seguía su camino de prisa



sin contestar a las preguntas que los jóvenes le hacían respecto al lugar donde quedaba su casa.

Raudos atravesaron la calle de Cuauhtémoc, Malintzin, Xicoténcatl, París y llegaron a la de Centenario, siguieron por ella a paso rápido, una corriente de aire frío pasó rápidamente dejándolos ateridos. Sin aflojar el paso siguieron su camino, parecía que la dama tenía prisa por llegar a su casa; en breve momentos dejaron atrás las calles de Londres, Berlín, Viena y Madrid y llegaron al puente de Xoco.

La misteriosa dama, sin volverse, por primera vez habló. Una voz de ultratumba se oyó que decía: “Esa es mi morada”; levantó su mano descarnada y señaló el panteón, se dirigió hacia él y sin abrir las rejas de la puerta la traspuso y se perdió en la sombra.

Armando Peña y acompañante se quedaron petrificados, muertos de miedo y allá a lo lejos, en el reloj de la iglesia parroquial, sonaron las doce campanadas de la media noche.




La Promesa

El padre Ambrosio Rodríguez estuvo en la parroquia de San Juan Bautista de Coyoacán, allá por los años cuarenta. Cuando fue estudiante en el seminario de la orden franciscana, aunque era compañero y amigo de todos los seminaristas, tenía especial amistad con uno de ellos.

Los dos amigos se hicieron una promesa: Si llegaban a ordenarse sacerdotes y uno de ellos moría antes que el otro, el que quedara con vida debería celebrar un novenario de misas en sufragio del alma de su compañero.

Pasó el tiempo, los dos se ordenaron de sacerdotes y comenzaron a ejercer su ministerio. La vida los separó pues fueron a trabajar en lugares distantes, de manera que la gran amistad que tenía fue menguando poco a poco.






A los pocos años el compañero y amigo del padre Ambrosio murió; éste rezó por el descanso del alma de su amigo; pero no se acordó de la promesa que un día hicieron.

Cierto día rezaba paseando por los corredores del convento, cuando de pronto en la quietud del crepúsculo, oyó que lo llamaban: Ambrosio, Ambrosio. Volvió la cara para todas partes y no vio a nadie. Siguió rezando y al poco tiempo volvieron a llamarlo: Ambrosio, Ambrosio. Con sobresalto trató de ver en la penumbra del ocaso quién lo nombraba más, no logró ver a nadie. Temeroso, trataba de alejarse del lugar, cuando por tercera vez volvió a escuchar su nombre y luego oyó que le decían: “Ambrosio mis misas”.




A stylized illustration of a woman with dark hair, wearing a light blue long-sleeved top with a ruffled collar and light blue leggings. She is laughing heartily, with her mouth wide open and eyes closed. Her right hand is raised in a gesture, and her left arm is bent across her chest. The background is a soft, textured purple and blue gradient.

La Que Murió de Risa

A decorative graphic of a light purple flower with a dark purple center, containing the number '96' in a dark purple font.

En una de esas callecitas llenas de encanto que hay en el barrio de Santa Catarina, vivió a fines del siglo pasado un médico de aspecto respetable. Estaba casado con una virtuosa y hermosa mujer que tenía su casa limpia y ordenada, amaba a su marido, lo colmaba de atenciones y no vivía sino para servirlo. Todas estas cualidades de ambos cónyuges hubieran bastado para un matrimonio perfecto si no hubiera sido porque el médico era peor que Otelo, celaba a su señora hasta por cosas sin importancia.

La vida de este matrimonio era un infierno, el médico encontraba en todo motivo para acusar a su mujer de casquivana. La reñía, la insultaba y en ocasiones llegó a golpearla. La mujer

A stylized illustration of hands holding a knife. The hands are rendered in shades of brown and tan with black outlines. The background is a dark purple with a pattern of white, scribbled lines. A small, crumpled white paper ball with the number '97' written on it is located on the right side of the page.

era hermosa, pero además de bella era honesta, jamás pasó por su mente engañar a su marido ni deshonrar su casa. Sufría con los celos de su esposo pero lo aguantaba pues estaba sola en el mundo, no tenía familia ni hijos.

Los celos atormentaban al galeno y daba por ciertas infidelidades que él imaginaba. Llegó a tanto su locura que pensó en matar a la supuesta infiel. Asesinar a su cónyuge fue su obsesión, esa idea se fijó en su mente y buscó la forma de hacerlo sin comprometerse.

Un mal día, después de una tormentosa escena de celos, tomó a su mujer, la acostó en la cama, la ató a ella y comenzó su satánica labor. Para no dejar huella había decidido matar la de risa y empezó por hacerle cosquillas en las plantas de los pies, en las axilas, en las corvas en todo lugar susceptible a la risa, con los dedos, con una brocha, con un cepillo.

El médico enloquecido, frenético, quería consumir cuanto antes su crimen y no daba reposo a su víctima; pasó largo tiempo,

la mujer reía, gritaba, se convulsionaba, lloraba y el tormento seguía, hasta que por fin vino la asfixia y luego la muerte. A los pocos días del crimen el médico desapareció, nadie supo más de él.

Contaban los vecinos de la vieja casona que en las noches salían de ella risas de mujer, carcajadas, gritos, lloros y luego todo era silencio y quietud. Nadie volvió a habitar la casa del crimen, la gente pasaba frente a ella y rápidamente se alejaban, los niños sin saber el porqué la miraban con recelo y apenas oscurecía, nadie osaba acercarse a ella pues los sonidos que de ahí salían crispaban los nervios y erizaban los cabellos. La casa fue demolida y en el solar se hizo una nueva construcción. Ya no se oyen las risas, los gritos, ni los lloros, sólo queda el recuerdo.







Las Ánimas del Purgatorio

Hacia una semana que su madre había muerto, último pariente que le quedaba. Los ahorros se habían empleado en médicos y medicinas, como también en los gastos de entierro, las pocas monedas que quedaron sirvieron para su manutención en los días que siguieron al sepelio.

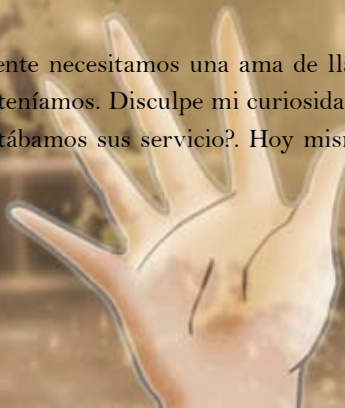
Los escasos amigos que asistieron a los Rosarios, poco a poco se fueron alejando y ella se encontró sola, triste y desamparada; sin saber qué hacer, una mañana se dirigió a la iglesia parroquial, corría el mes de noviembre, mes de las “Ánimas del Purgatorio” y se celebraba una misa solemne en honor a ellas. Oyó la misa con devoción y se encomendó ante las ánimas pidiendo ayuda para resolver sus problemas.

Terminada la misa salió del templo reconfortada, con buenos propósitos para seguir su vida. Iba absorta en sus pensamientos cuando se le acercó una dama elegante, bien vestida y muy amable.

Señorita -le dijo- me he atrevido a hablarle porque me han encargado una persona para ama de llaves; al verla pensé que usted sería la persona indicada para ello, ojalá quiera usted tomar este trabajo. Vaya a esta dirección -le dijo entregándole un papel-, estoy segura que la recibirán con agrado.

Se dirigió a la dirección indicada, tocó la puerta y preguntó por la señora de la casa. Fue pasada a una sala hermosa, amplia y amueblada con buen gusto. Varios retratos colgaban de los muros; una vez que llegó la señora y supo el motivo de la visita, dijo a la muchacha:

Efectivamente necesitamos una ama de llaves, apenas ayer se fue la que teníamos. Disculpe mi curiosidad. ¿cómo supo usted que necesitábamos sus servicio?. Hoy mismo, a la salida de la



iglesia después de oír misa, la señorita que está en ese retrato -
dijo mostrando uno que pendía de la pared- me dijo que viniera
a verla.

-Imposible - dijo la señora- el retrato es de mi hija
que murió hace dos años.

-Estoy segura que fue ella - dijo la muchacha -, no
hace ni una hora que estuve con ella y llevaba el
mismo vestido.

La señora oyó con atención el relato de la joven, una lágrima
rodó por su mejilla, la enjugó y con emoción dijo a la joven: - Si
mi hija me la envió, quédese con nosotros, será bien recibida.
Desde mañana empezará su trabajo, no hay que hacer quedar
mal a las “Ánimas del Purgatorio”.





109

Referencia de consejas y leyendas

**La Maldición de Tzutzumatzin, Un presentimiento
prehispánico, La llorona
El árbol del zapote blanco**

Cortés Macías, Daniel
Leyendas de Coyoacán
No. 2, sin pie de imprenta
México, 2000

Sigue la lucha, Los túneles, La Taxqueña

Hernández Jimeno, María Dolores
Relatos y Leyendas de Coyoacán
Editorial Imaginaria
1a. Edición, México 2004

Los nahuales, El pasajero que tenía abono, Espíritus chocarreros y juguetones, La casa del muerto, La mula de la colonia Del Carmen, Noche lóbrega y lluviosa, La dama sonriente y noctámbula, Doña Emilia, Los compadres del puente de Xoco, Ésa es mi morada, La promesa, La que murió de risa, Las ánimas del purgatorio

Aguilar, José Luis
Coyoacán Anecdótico y Legendario
1a. Edición
México, 1999

105

La Malinche, Casa de Alvarado, Casa de los Camilos, Convento de Churubusco, Angelita, El Guanajuato.

Jáuregui, Francisco
Aquél Coyoacán
Ediciones i.l.s.a.
México, 1951

El Señor de La Misericordia

Felipe Hernández Bravo
Vecino del Pueblo de los Reyes

La cruz de piedra, Las sombras del barrio de Santa Catarina

Pulido Silva, Alberto
Coyoacán, historia y leyenda
Alberto Pulido Silva y Editorial Asociados S.A.
Primera edición, México 1976

El Tigre de los Pedregales

Gómez Pérez , Baltasar
Isaac Mendicoa, El Tigre de los Pedregales
Gobierno del Distrito Federa / Delegación Tlálpán
México, 2005

106

El diablo se aparecía en el Callejón del Aguacate

Xavier Moysé

Regreso de Quetzalcóatl, Mataron a Doña Catalina,

Relatos de Coyoacán

Alfredo Martínez Barroso

Museo Nacional de Culturas Populares

México 1988

207

